CXCVI.

¡Ay! ¿Podrá ser que el leño de la selva
A engalanarse vuelva?
¿Renovará sus cánticos el ave
Que dejó la borrasca, herida y muda?
¿La infortunada viuda
Olvidará algún día? ¡Dios lo sabe!

CXCVII.

Todo lo gasta y borra el tiempo ingrato:
El ardiente arrebato
Del amor, la ilusión que se deshoja,
La fe que espira, el gozo y el tormento:
Que el hondo pensamiento,
Como el mar, sus cadáveres arroja.

CXCVIII.

Mas quando alguno en nuestra mente queda,
Cuando tenaz se enreda
Al débil corazòn, y en él dilata
Su raiz, come hiedra trepabora,
Entonces nos devora,
Porque el triste recuerdo, ó muere ó mata

POEMAS CORTOS

EN EL CREPÙSCOLO VESPERTINO.

(EL PRIMER BESO DE AMOR)

I.

Al morir el invierno, el mundo siente
renacer su agostada lozanía
y cobra de improviso la energía
con que despierta el alma adolescente.

Corre la savia, como oculta fuente,
por el árbol, sin hojas todavía,
y so la tierra aletargada y fría
palpitan el insecto y la simiente.

Cuando sus auras germinales lleva
Marzo ventoso hasta el sepulto grano,
todo se anima y todo se remueva.

Sólo, como un sarcasmo de la vida,
en el marchito corazón humano
¡ay! no retoña la ilusión perdida.

II.

Amorosos y tiernos desvaríos
que encendísteis la sangre de mis venas
ya tan lejanos de mi edad, que apenas
tengo valor para llamaros míos,

surgid de mi pasado, y luego hundíos
en el profundo abismo de mis penas,
come las ondas claras y serenas
que en el inmenso mar vuelcan los ríos.

Rasgad la negra noche de mis males,
cual atraviesa repentino lampo
las nubes más cerradas y sombrías.

Y sed como las lluvias otoñales,
que hacen brotar en el desnudo campo,
quemado por el sol, flores tardías.

III.

Huyeron ya mis años de pelea,
y de la ardiente lucha retraído,
sólo á mis vagos pensamientos pido
la calma que mi espíritu desea.

Soy como el veterano que, en la aldea
donde ignorado vive y escondido,
en contar los azares que ha corrido
sus veladas inútiles emplea.

¿Quién os puede borrar de la memoria,
sueños de la ambición, locos deslices
de la edad juvenil y ansias de gloria

si, como las honrosas cicatrices,
para siempre fijáis en nuestra historia
el recuerdo de tiempos más felices?

IV.

Quiero buscar reparador abrigo
bajo mi antigua y olvidada tienda,
que intervenir en la social contienda
no es ya honor para mí, sino castigo

¿En dónde, en dónde están los que conmigo
se aventuraron en la lid tremenda?
Dejando voy por la escarpada senda,
uno tras otro, al deudo y al amigo.

Fué nuestra vida atormentada y triste,
amargo el pan y la labor penosa;
pero el templo que alzámos aùn subsiste.

Y una voz inefable y misteriosa
me dice ya:—Con tu deber cumpliste.
Tienes derecho á descansar; reposa.—

V.

Viviré, ni envidioso ni envidiado,
en la quietud que el cielo me conceda,
y nada habrá que importunarme pueda
como lo que he sentido y he pensado.

¿A qué seguir con paso acongojado
de le fortuna la mudable rueda?
Toda mi vida á mis espaldas queda
y flota, como un sueño, en lo pasado.

¿Por qué, teniendo al fin de la jornada
la luz detràs, la lobreguez delante,
no tornar á otros tiempos la mirada?

Vuelva hácia tí mi corazón amante
¡oh aurora de mi vida inmaculada,
más luminosa cuanto más distante!

VI.

De mi niñez la dócil compañera,
abrasada en la fe de sus mayores,
iba, llena de místicos temores,
á recibir su comunión primera.

La luz de anticipada primavera,
quebrándose en los vidrios de colores,
con nimbo de irisados resplandores
coronaba su rubia cabellera.

Cuando al pie del altar, con la creciente
exaltación de su cristiano celo,
rindióse á Dios la vírgen inocente,

me pareció que en sosegado vuelo,
agolpándose en torno de su frente,
la besaban los ángeles del cielo.

VII.

Nunca gozó la tierra castellana
más gentil y perfecta criatura.
Era su tez tan sonrosada y pura
como el nítido albor de la mañana.

Tenía su mirada soberana
el brillo de un lucero en noche obscura,
y exhalaba su púbera hermosura
el fresco aroma de la flor temprana.

Comó el gorjeo halagador del ave
que canta en libertad, era su acento,
á un tiempo mismo, arrebatado y suave.

¿Quién competía, en el risueño coro
de alegres niñas, con aquel portento
de ojos azules y cabellos de oro?

VIII.

Ajenos al temor y á la tristeza
crecimos cual los frutos de una rama,
y aún alumbra el confuso panorama
de mi vida, su cándida belleza.

Mas quando la inmortal Naturaleza
dice á la juventud:—¡Despierta y ama!—
y alcanzamos la edad en que la llama
de la pasión á embravecerse empieza,

su genio se volvió, para mi daño,
cayendo en singulares extravíos,
suspicaz, melancólico y huraño.

Ya extremaba, impaciente, sus desvíos
y ya, sumida en estupor extraño,
no apartaba sus ojos de los míos.

IX.

A veces se escapaba de su pecho
forzado gozo y sin razón reía;
otras, entre sus manos escondía
su hermoso rostro, en lágrimas deshecho.

Siempre alterado y nunca satisfecho,
yo con ávidos ojos la seguía,
que era su angustia causa de la mía
y origen su esquivez de mi despecho.

¿Quién, turbando de pronto las serenas
horas de nuestra paz íntima y santa,
rompió nuestras dulcísimas cadenas

Preguntádselo al pájaro que canta,
labrando el nido, sus ocultas penas,
y al insecto, y al germen, y á la planta.

X.

Los dos, un día, en solitario huerto,
nos vímos con placer, fingiendo en vano,
junto á un almendro, que se alzaba ufano
de vigorosa floración cubierto.

Ya del invierno entumecido y yerto
presentía la tierra el fin cercano,
y de verde matiz vistiendo el llano
esmaltaba la mies el surco incierto.

Cruzáronse al azar nuestra miradas,
llenas de fuego, como en lid reñida
centellando se cruzan dos espadas.

Y envolvió nuestras almas de tal modo
aquel desbordamiento de la vida,
que, sin hablar, nos lo dijimos todo.

XI.

No sé qué impulso irrestible y rudo
me sacó de mi extático embeleso:
sé que en su casta boca estampé un beso
y la abracé con apretado nudo.

La pobre niña, que evitar no pudo
de mi pasión el temerario exceso,
vaciló, temblorosa, bajo el peso
de aquel ósculo ardiente, intenso y mudo.

Haciéndome sentir de sus enojos
el noble arranque, con nervioso brío
mis ímpetus contuvo y mis antojos.

Pero ¿cómo ofenderme su desvío,
si el amor, asomándose á sus ojos,
á traición me entregaba su albedrío?

XII.

¡Ay! ¡No era para mí ventura tanta!
Tenaz dolencia arrebatóme aleve
de mi tierna ilusión la dicha breve,
que aún muerta en mi memoria se levanta,

Del seno virginal de aquella santa,
como nube de incienso undosa y leve
voló el alma tan pura, cual la nieve
que no manchó jamás humana planta

Cuando en su casto lecho, con profundo
recogimiento, el pan de eterna vida.
recibió, despidiendose del mundo,

clavó en mí su mirada entorpecida
con el supremo afán del moribundo,
y quedó, al parecer, como dormida.

XIII.

Han pasado los años, y aún la veo.
Aún; dejando tras sí radiante huella,
surca la obscuridad su imagen bella.
como fulguración de mi deseo.

Cuando en la lucha del deber flaqueo
y el brutal desengaño me atropella,
Fijo el cansado pensamiento en *ella*
y, como en tiempos venturosos, creo.

Hoy que, ceñido el corazón de espinas,
del sol poniente al resplàndor escaso,
me siento á meditar sobre mis ruinas,

por vez postrera, apresurando el paso,
¡Ay! Llega con sus tintas matutinas
á templar las tristezas de mi ocaso.

EL ÚNICO DÍA DEL PARAISO

I.

En la bóveda azul, antes sombría,
el fulgor de la gloria reverbera,
y es el mundo en su breve primavera
todo amor, todo paz, todo armonía.

¡Con qué infantil y extática alegría
alzan su vista á la insondable esfera
Eva y Adán, quando por vez primera
abren los ojos á la luz del dia!

Rinden al hombre, sazonado fruto
la tierra, el cielo su vital fluído,
música el bosque y obediencia el bruto.

Todos vienen á un signo de su dedo,
que, en brazos del dolor, aun no ha nacido.
de las entrañas de la culpa el miedo.

II.

Despliega el sol, que por Oriente asoma
con regia majestad, su intensa llama
y el calor de la vida desparrama
por la extendida vega y fértil loma.

Gustando, incautos, la madura poma
cuyo jugo sus picos embalsama,
juntos se posan en la misma rama
el halcon y la tímida paloma.

Por el llano, feraz sin que la reja
le desgarre inclemente, en paz bendita
pastan en lobo y la sufrida oveja.

Y en el Edén florido, que palpita
como un seno fecundo, se refleja
la calma de los cielos infinita.

III.

Eva, que aspira en el jardin ameno
el húmedo frescor de la alborada,
ve su casta hermosura retratada
de manso arroyo en el cristal sereno

Céfiro besa, de perfumes lleno,
su cabellera, como el sol, dorada,
que cae en leves ondas desatada
sobre el ebúrneo y delicado seno.

Quédase un punto atónita, indecisa,
quiere luego abrazar la imagen pura
que en la corriente trémula divisa,

y, al ver rota en el agua su figura,
lanza á los ecos su vibrante risa
perdiéndose al través de la espesura.

VI.

La muda soledad del firmamento,
como un lago, tranquila y transparente,
el murmullo apacible de la fuente,
la rumorosa ondulación del viento,

de la vida el perpetuo movimiento
que Adán, embelesado, admira y siente,
todo sume su espíritu inocente
en grave y religioso arrobamiento.

Con el llanto agolpándose á sus ojos,
sobrecogido ante grandeza tanta,
póstrase, en tierna adoración, de hinojos.

Y es, bajo el solio del espacio inmenso,
la primera oración que á Dios levanta,
pura cual nube de oloroso incienso.

V.

Eva, por la serpiente seducida,
cede al funesto ardor que la devora
y vuelve á Adán, confusa y tentadora,
de su belleza virginal vestida.

Por gustar de la fruta apetecida
que despierta sus ansias en mal hora,
suplica humilde, apasionada llora
y en su inquietud febril de Dios se olvida.

Fuego devorador y repentino
de Adán enciende el contenido celo
y abre á su infausta rebelión camino.

Y cuando en lucha con su propio anhelo,
sucumbe al dulce halago femenino,
va el sol llegando á la mitad del cielo.

VI.

¡Cuán tremendo el estigma del pecado
sobre sus almas consternadas pesa
al ver pasar, como fugaz pavesa
barrida por el viento, el goce hurtado!

Núblase el cielo de repente, el prado
se agosta, el canto de las aves cesa
y huyen rugiendo por la selva espesa
las fieras en tropel desordenado.

Como vagas imágenes de un sueño
brillan y se deshacen de improviso,
las dichas del Edén, antes risueño.

Y en la gran dispersión del Paraíso,
sólo queda á las plantas de su dueño,
aullando de terror, el can sumiso.

VII.

—«¡Gemid, gemid por vuestra infausta suerte
—truena la voz de Dios desde la altura;—
la paz del mundo en negra desventura
vuestra soberbia ingratitud convierte!

Tú, Adán, tú labrarás, como más fuerte,
desde hoy la tierra, á tus esfuerzos dura,
y será siempre tu progenie impura
esclava del dolor y de la muerte.

Salid, hasta que en hora venidera,
el pie de una mujer inmaculada
la frente aplaste de la sierpe artera».—

Dijo, y blandiendo su fulmínea espada,
el ángel del Señor echólos fuera
del mustio Edén, y les cerró la entrada.

VIII.

La tarde empieza á declinar. Con paso
medroso y torpe, la infeliz pareja
de aquel lugar de perdición se aleja,
dirigiendo su rumbo hácia el caso.

El tímido pudor ante el fracaso
de la ventura humana, huye y los deja,
y con rígida piel de blanca oveja
cubren su cuerpo macilento y laso.

Cada vez es más áspero el camino:
difusa franja de matices rojos
arrebola el celaje vespertino

Avanzan, y al través de los abrojos
con susto ven, del animal dañino
que está en acecho, relucir los ojos.

IX.

La rencorosa culpa que con ellos
marcha invisible, sus conciencias muerde
para que el bien pasado les recuerde
el dolor, y se erizen sus cabellos.

Ya la tierra, á los pálidos destellos
de amortiguada luz, sus galas pierde
y no muestran el monte, ni la verde
selva, ni el cielo azul tonos tan bellos.

La tristeza aumentando del paisaje
oyen, por donde van, lúgubre y queda
la voz de su delito que los nombra.

Y lejos, por los troncos y el follaje
de la intrincada y tétrica arboleda
ven flotar los fantasmas de la sombra.

X.

El sol, al trasponer la última cumbre,
su disco agranda y por instantes crece,
y está tan encendido que parece
el rojizo horizonte un mar de lumbre.

—¡Oh Dios! Bajo su enorme pesadumbre
se precipita el sol. ¡Todo fenece!—
Eva temblando grita y desfallece,
presa de su mortal incertidumbre.

—¡Es el incendio, es el incendio!—gime
desesperado Adán.—¡Tal vez la llama
que purifica el alma y la redime!—

Y alzando al alto cielo que se inflama
la faz inquieta, en su terror sublime,
—¡Dios que ofendí, misericordia!—clama.

XI.

Rendidos por la angustia y el espanto
caen en honda congoja, y mientras dura
su lánguido sopor, la noche obscura
cubre los cielos con su negro manto.

¡Ay! al volver de su estupor, ¡con cuánto
afan, mezcla de asombro y de pavura,
clavan en las tinieblas de la altura
su mirada tenaz, que ciega el llanto!

Con el aura que calla el ruido expira.
Un astro sin calor, por el sombrío
y mudo espacio, amarillento gira.

Y, abrazándose á Adán en su extravío,
Eva balbuce sollozando:—¡Mira!
¡Es el sol que se muere! ¡Siento frío!—

XII.

Y la celeste bóveda enlutada
es para su creciente desconcierto,
urna de un mundo desquiciado y muerto
que toca en los confines de la nada.

Llenos de horror, con la razón turbada
y el semblante de lágrimas cubierto
por aquel vasto y lóbrego desierto
van á tientas siguendo su jornada.

Su propio pensamiento los hostiga,
la sombra todos los caminos cierra,
y es mayor por momentos su fatiga.

Hasta que el susto embarga sus sentidos
y dan, como cadáveres, en tierra
por su medrosa ofuscación vencidos.

XIII.

¡Oh claridad del alba, precursora
de un dia inesperado! Tú viniste
á libertar á Adán de aquella triste
noche, como el pecado, abrumadora.

Despiértase la vida, el sol colora
la tierra, el cielo de fulgor se viste,
y en jubiloso core cuanto existe
canta el himno sublime de la aurora.

Desde que, envuelto en santa poesía,
un rayo matinal tenue y fecundo
calmó de nuestros padres la agonía,

Para el mísero, el pobre, el moribundo,
en el primer destello de aquel día,
¡tú, Esperanza inmortal, bajaste al mundo!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

LEYENDO EL MONÓLOGO DE HAMLET,

HAMLET.

¡Ser ó no ser! ¡La alternativa es ésta!
Si es á la luz de la razón más digno
sufrir los golpes y punzantes dardos
de suerte horrenda, ó terminar la lucha
en guerra contra un piélago de males.
Morir; dormir. No más. Y con un sueño
pensar que concluyeron las congojas,
los mil tormentos de la carne herencia,
debe término ser apetecido.
Morir; dormir, ¿Dormir? ¡Soñar acaso!
¡Ah! la rèmora es esa; pues qué sueños
podrán ser los que acaso sobrevengan
en el dormir profundo de la muerte,
ya de mortal envuelta despojados,
suspende la razón: ahí el motivo
que á la desgracia da tan larga vida.
¿Quién las contrariedades, el azote
de la fortuna soportar pudiera,
la sinrazón del déspota, del vano
el ceño, de la ley las dilaciones,
de un amor despreciado las angustias,
del poder los insultos, y el escarnio
que del menguado el mérito tolera,
cuando él mismo su paz conseguiría
con un mero punzón? ¿Quién soportara
cargas, que con gemidos y dolores
ha de llevar en vida fatigosa,
si el recelo de un algo tras la muerte,
incógnita región de donde nunca

vuelve el viajero, no turbara el juicio,
haciéndonos sufrir el mal presente,
antes que en busca ir de lo ignorado?

SHAKESPEARE *(Hamle, acto II, escena I)* (1)

¿Quién, sin morir, en el obscuro abismo
de lo ignorado penetrar pudiera,
saber la suerte del torrente humano
qu el impulso del tiempo, hora per hora,
vuelca en la muda eternidad, y luego
volver al mundo, iluminar las almas
y disipar la tenebrosa duda
en que, siglo tras siglo, se consumen?
Mas Dios no quiere que mortales ojos
profanen, atrevidos, el misterio
donde, como en un templo, están ocultos
el principio y el fin de cuanto alienta.
Y á la manera con que frágil orla
de leve arena el ímpetu contiene
del proceloso mar, así la tumba
dice el soberbio y loco pensamiento:
—¡No pasarás de aquí!—

Si no arraigara
en nuestra mente la tenaz idea
de un *más allá* sin fondo y sin orillas,
do reparten el premio y el castigo
la Justicia absoluta, el Bien supremo
y la excelsa Verdad; si nuestra vida
fuese como el relámpago, que nace
y muere en las entrañas de la nube,
sin dejar de su paso huella alguna,
y no tuvieran ulterior destino
ni el bien ni el mal, ni el sacrificio santo,
ni la torpe ambición; si el mismo sueño
durmiesen en el lecho de la nada,

(1) Me he permitido copiar el *monólogo de Hamlet*, por parecerme el que más se ajusta al texto original, de la excelente traducción castellana que ha hecho de las obras dramáticas de Shakespeare el distinguido literato y poeta D. Guillermo Macpherson. Pido perdón á mi illustre y estimadísimo amigo por la libertad que me he tomado, contando de antemano con su proverbial benevolencia.

indiferente, inalterable y ciega,
el déspota y el siervo, el noble mártir
y el verdugo feroz, el alma pura
y el corazón dañado, no serías
¡oh Sumo Dios, en quien adoro y creo!
ordenación, y providencia, y eje
del universo que en tu amor descansa.

Pero es, Señor, tan grande la tragedia
de los hijos del hombre, tan profundo
é incurable su mal, y la aparente
complicidad de los callados cielos
con tal pujanza á la razón se impone,
que á veces ¡ay! hasta la fe más viva
vacila temerosa y desespera,
semejante á la roca que, azotada
por el vaivén continuo de los mares,
retiembla en sus cimientos de granito.
Cuando desde las cumbres de la Historia
el abatido espíritu, rompiendo
la densa lobreguez de lo pasado,
contempla absorto la intrincada ruta
que, manchada de lágrimas y sangre,
la humanidad ha recorrido, siente
como un vago terror. y en el silencio
de la noche, en las páginas del libro
sobre el cual, melancólico, medita,
piensa escuchar, como el fragor confuso
de un mar, oculto á la mirada, el ronco
grito de espanto, el lúgubre lamento
de cien generaciones ya sepultas.
Desde que el hombre amaneció en la tierra,
hácia la huesa inescrutable y fría
revueltos van esclavos y señores
torciéndose de angustia, atormentados
de misterioso afán y siendo todos,
en la incesante y bárbara pelea,
á la vez vencedores y vencidos.
Allá van los asiáticos imperios
con su abominación; con sus crueles
iniquidades, sus atroces fiestas
y sus infamias la cesárea Roma.
Allá van razas, tribus y naciones
al fraude y á la fuerza sometidas,
y en lo más hondo de su negro seno.

sin pan el pobre, sin clemencia el rico,
sin el alivio de su pena el triste,
y todos sin amor. Así ¡oh desdicha!
fueron y van, tras la impalpable sombra
de su ilusión, los míseros mortales,
arrastrando en su curso tumultuoso
hácia el voraz sepulcro, sus ensueños
de gloria, sus quiméricas grandezas,
las breves y ostentosas creaciones
de su incierta razón, hasta los vanos
dioses, que en las catástrofes del mundo,
incrusta el miedo en la flaqueza humana;
tal como lleva desbordado río,
entre sus turbias aguas, los despojos
de las comarcas fértiles que asuela.
Así fueron é irán, hasta que el tiempo
toque en su plenitud y el sol se apague,
todos los seres de mujer nacidos,
siempre elevando el pensamiento, y siempre
cayendo en un dolor sin esperanza.
¡Revuélcate en tu inmundo estercolero,
Job sin paciencia ni virtud, y llora!
¡Llora, pues nunca te dará la tierra
la soñada ventura que persigues!
¡Viniste sólo á combatir, combate
y sangra sin cesar, hasta que llegue
la muerte redentora y te desnude
de la gran podredumbre de la vida!

Mas ¿y después? ¡Después!... La luz excelsa
para el ciego, la paz consoladora
para el vencido, el lauro para el mártir
y el eterno dolor para el verdugo.
¡No, Dios, mil veces no! ¡Tú no has creado
el espacio infinito en donde giran
con firme ritmo innúmeras estrellas,
para entregar á las monstruosas fauces
de un insaciable azar, tanta hermosura!
Ni has ornado de vivos resplandores
el pabellón cerúleo, que cobija
la humilde tierra, ni con franca mano
das á los prados floreciente alfombra,
verdor á las frondosas arboledas,
ondas de plata diáfana á los ríos,
nieve á las cumbres y olas á los mares,

para que tan magnífico escenario
sea tan sólo el campo de batalla
donde en inútil lucha se devoren,
sin paz ni tregua, los humanos séres
engañados por ti. ¡Caiga mi lengua;
como fruto podrido de la rama,
antes que lance contra tí, Dios mío,
tan vil calumnia y tan horrendo ultraje!

MINIATURA.

(JULIETA Y ROMEO)

Pronto á partir, temiendo que la aurora
á sus contrarios delatarle pueda,
de pie en la escala de torcida seda,
suspira el joven con pesar;—¡Ya es hora!—

Y envuelta en la hojarasca trepadora
que por los vidrios del balcón se enreda,
con voz, la dama, entrecortada y queda
retiene al dulce bien que le enamora.

Tan sólo el canto, precursor del día,
de la impaciente alondra, quebrar pudo
del furtivo coloquio el embeleso.

—¡Ya va el alba á llegar; vete, alma mía!—
ella gimió, y en el silencio mudo
de la vencida noche, estalla un beso.

LA ESFINGE.

I.

La caravana por camino incierto
con recelosa indecisión avanza,
temiendo á cada paso la asechanza
de las nómadas tribus del Desierto.

Por todas partes el espacio abierto
se pierde en fatigosa lontananza,
y donde quiera que la vista alcanza
todo está triste, desolado, muerto.

Ni verde selva, ni azulado monte
el mar limitan de infecunda arena
en que el dócil camello hunde su planta,

y sólo al fin del diáfano horizonte,
brillando al sol, inmóvil y serena,
la misteriosa Esfinge se levanta.

II.

Sembrado está de huesos, que calcina
sol inclemente, el árido contorno,
y por el aire, ardiente como un horne,
no cruza ni una humilde golondrina.

Alza polvo sutil densa neblina
de la cansada caravana en torno
que, rindiéndose al peso del bochorno,
con soñolienta postración camina.

Nada su sed inextinguible aplaca,
antes se irrita más, cuanto más finje
gratos *oasis* el febril anhelo.

Y en la remota línea se destaca
la gigantesca mole de la Esfinge,
impenetrable y muda como el cielo.

III.

Buscando alivio á sus atroces penas
en su camello el árabe dormita;
mas ¡ay! de pronto se incorpora, y grita,
y siente hervir la sangre de sus venas.

Es que el *simun*, rompiendo sus cadenas
obscurece la bóveda infinita
y con terrible convulsión agita
el vasto mar de líbicas arenas.

El monstruo asolador todo lo arrasa,
arrolla en desatado torbellino
la caravana sin ventura, y pasa.

Y cuando vuelve á sosegarse el llano,
allá ciega y brutal como el Destino,
corta la Esfinge el término lejano.

GRANDEZA HUMANA.

«¿Quién contra mí? Con el misterio en guerra,
nada resiste á mi potente anhelo:
Esclavizo la luz, escalo el cielo,
bajo al fondo del mar, reino en la tierra.

De los secretos que Natura encierra
voy desgarrando el tenebroso velo,
y cuando, en mi ambición, remonto el vuelo

¡Cuán grande soy! Dispongo del estrago.
Los mismos dioses qué adoré en mi aurora,
hoy, con desdén sacrílego, deshago....»

—

—¡Bah! No tu loco orgullo se desmande:
el átomo invisible que devora
tu vida y tu soberbia, ése es más grande.